

En la oficina de correos

En esta época del año las pelusas de los plátanos se amontonan en la ciudad como si las veredas y las calles fuesen un gigantesco colchón perforado escupiendo sus tripas. Hace unos días, estaba yo en una oficina de correos atestada de gente. Un grupo de por lo menos treinta personas aguardaba de pie y otras veintipico ocupaban la totalidad de las sillas. Las pelusas se las habían ingeniado para colarse en el recinto a granel -aprovechando una ráfaga de viento que una señora de maneras lentísimas había dejado filtrar al abrir parsimoniosamente la puerta principal- y habían estacionado en los ojos de los clientes, justo en los lagrimales, gozando de apropiada humectación. Ignorando el trabajo silencioso de la naturaleza, estaba yo entretenida observando a un señor mayor que sostenía una especie de alhajero de madera con ribetes dorados en la tapa, donde el nombre de la que supuse debía ser su nieta -MELINA- había sido delineado en una torpe letra cursiva. El señor sostenía el alhajero en una mano y en la otra un folleto explicativo con los distintos tipos de encomiendas que revisaba perplejo. Los formatos estándar no coincidían con el tamaño de su regalo. Sabía que debería optar por un tamaño

más grande pues no deseaba meter el alhajero a presión; le desagradaba sobremanera la visión del cartón hinchándose en una digestión espantosa. Y la sola idea de su nieta haciendo fuerza para sacar el alhajero y puteando al abuelo amarrete lo llenaba de una vergüenza cursi. Mejor era que el alhajero bailase un poco en una caja para encomiendas más grande. En eso, un rayo de sol se filtró por la rendija de ventilación. La tibieza llegó hasta una de las semillas en el lagrimal del abuelo que no tardó en germinar. Era un brote minúsculo que se desperezaba vertiginosamente. Por contagio, otros brazos vegetales comenzaron a insinuarse desde los lagrimales del resto de la clientela. El peso de lo que ya era una rama hizo que el abuelo inclinara su cabeza levemente al ritmo de sus cavilaciones sobre el embalaje perfecto. Algunos clientes, presos de la germinación ocular, se retorcián en espasmos, poseídos por un terremoto interno. Antes de que el cartel electrónico se encendiera en el número 59 la oficina de correos se había transformado en un tupido bosque de plátanos flotantes apoyándose mutuamente para lograr equilibrio y no desgarrar los ojos de sus huéspedes, demasiado frágiles para sostener tamaña desmesura vegetal.

Verónica GÓMEZ

La mesa

La sala de reuniones era pequeña en comparación con la fastuosa mesa que ocupaba casi toda la superficie. La última reestructuración y mudanza obligó a abandonar las oficinas en la calle Seguro (y al veinte por ciento de los empleados), pero Don Ignacio se resistió a vender la mesa.

A las nueve en punto, Don Ignacio abrió la puerta con violencia, golpeando a Sánchez-de-contaduría quien rápidamente aceptó las disculpas. Al ocupar el sillón de una de las cabeceras, el anciano jefe comenzó su discurso.

-Durante años esta empresa ha sido la rectora de la vanguardia del arte en este país -comenzó el anciano-. Desde los comienzos, cuando mi abuelo fabricaba uno por uno los pinceles dijo señalando al cuadro correspondiente -sacando él mismo los pelos a los gatos, el trabajo ha sido sinónimo de Garmendia Insurreal. Y eso se reflejó en la gran cantidad de artistas que nos han honrado con su desinteresado apoyo en los momentos difíciles.

-¿Desinteresado? -interrumpió Lopez-de-marketing- le pagamos casi veinte mil dólares a cada uno de esos artistas para que salieran a hablar bien de nuestros pinceles.

-¿Cómo que les pagamos? ¿En qué clase de mercantilismo barato hemos caído?- se preguntó.

-No parece barato. Veinte lucas por barba... -intervino Apenucho-de-finanzas.

-Es que la gente nunca comprendió el espíritu altruista de mi padre-reflexionó.

*A las nueve en punto,
Don Ignacio
abrió la puerta
con violencia,
golpeando a Sánchez-de-contaduría
quien rápidamente
aceptó las disculpas.*

-¿Hacer pinceles con pelos de niños pobres es altruismo? -preguntó Apenucho-de-finanzas.

-Esos niños, en sus barrios pobres, sin acceso a la cultura jamás podrían haber legado a formar parte del mundo del arte

Mariano QUINTERO

Sin palabras

Después de cuatro meses de separación, Inés aceptó volver de la casa de su madre.

Respondí con bastante sinceridad a sus preguntas, pero creo que no se creyó del todo lo de Virginia Gallardo (le dije que habíamos salido a cenar dos veces y a casa había subido solamente a tomar un café).

Lo cierto es que de inmediato comenzó con la idea de mudarnos. Ella estaba convencida que mi aceptación a su idea de mudanza era la confesión plena de la culpa y el remordimiento. Yo, de verdad, lo hacía para no comenzar otra vez con las discusiones.

El primer departamento que vimos le gustó, pero terminó descartado cuando Inés descubrió que la puerta del placar de recepción abría al revés de como se supone

que abren las puertas de los placares de recepción.

En el segundo departamento que visitamos, la luz natural del cuarto de baño impactaba de tal forma, si una persona se paraba frente al espejo, que dejaba al descubierto intolerables imperfecciones de la piel.

En el tercero, habían colocado un tomacorriente demasiado cerca de la mesa de luz, de tal forma que si un vaso de agua caía para ese lado podía ocasionar un corto circuito. Hubo otro en el que Inés sintió que el barrio no era demasiado seguro (pudo haber influido el hecho de que nos robaran una rueda del automóvil estacionado en la puerta del edificio).

Así fuimos descartando, a instancias de las opiniones de Inés, cientos de

inmuebles, hasta que tuve la idea.

Llegamos a un departamento casi nuevo, amplio, luminoso, y nos encontramos, en el medio del living room, con un inmenso hipopótamo azul marino que hice parar exactamente allí.

Inés revisó el departamento de arriba a abajo, con el ojo puesto en el detalle, como siempre. Se tomó todo el tiempo del mundo y más tarde dijo sencillamente que no, que no le parecía.

Le pregunté qué tenía, que por qué no, me indigné con ella, y casi llegué a gritarle, pero por primera vez, Inés, no me supo contestar.

Roberto GÁRRIZ

La princesa está triste

Si hay algo que me revienta, que me saca de quicio y me hace pensar seriamente en la posibilidad de que no sea hija mía, es cuando me dice que está triste y no sabe explicarme por qué. Ay, mami, estoy caída hoy, estoy triste... ¿Qué pasó?, pregunto realmente interesada, ansiosa por retrucarle que ese no puede ser el motivo de su angustia, que ella no sabe lo que es estar triste en serio, que lo que siente es bronca, aburrimiento, envidia, otra cosa. Qué sabrás vos, nena, de la tristeza, si no te falta nada, si tenés la vida por delante. Algo de eso le enrostro algunas veces, pero cuando no sabe por qué se siente así me deja sin argumentos, sin la posibilidad de reírme de sus ridículos motivos y más vale me dan ganas de pegarle. Y sin embargo no puedo porque hay que ver cómo tengo las manos, deformadas ya, reventadas de tantos años

de lavar y refregar, quebrada la piel que parece cuero, que se abre en las yemas y sangra a la menor presión. Y duele. Por eso, cada vez que me sale con esta pavada de la tristeza injustificada, caprichosa diría yo, me apuro a acariciarla, a rayarle la cara con mis dedos tullidos. Y le dejo un camino de sangre en la mejilla, un hilo finísimo que no alcanza a ver pero que siente, que la obliga a girar la cabeza, a retirarse casi espantada. Entonces, como un ritual, repite el gesto: me toma por las muñecas y me obliga a girar las manos para que le muestre mis palmas arruinadas. Hace de pronto una mueca de asco o de dolor, de miedo tal vez porque ve en mis manos las suyas, no estoy segura, pero resulta evidente que se pone mal, que le dan ganas de llorar y que -para su alivio y para el mío- al fin tiene un buen motivo.

Yanina BOUCHE

La mitad de una sonrisa

Si papá no le hubiera quemado la Scara a mamá, yo podría darle tantos besos como antes. La tía Ángela me dijo que papá no quería dejarla, que los abogados lo obligaron y que el día de la audiencia le tiró el ácido que tenía en un bolsillo.

Mi tía Ángela me ama. Me cuidó mientras mamá estuvo internada. Los sábados a la mañana me despertaba temprano, tenía listo mi café con leche en la mesa del comedor, me vestía con camisa y pantalón, y la íbamos a visitar a mamá. En el camino hablaba de muchas cosas, me contaba que los médicos estaban sorprendidos de lo bien que la piel se curaba. Yo no entendía qué era eso porque cuando entraba a la pieza la cara de mamá tenía unas telas blancas que la tapaban. Ella casi no hablaba. Mamá sólo

me miraba de vez en cuando. Los ojos seguían azules y transparentes como siempre. Yo tenía miedo que le cambiaran el color. El ácido también es transparente y no se ve hasta dónde puede llegar.

Los domingos eran distintos. La tía Ángela me despertaba temprano, también tenía listo mi café con leche en el comedor, me vestía con la camisa y el pantalón que había usado para ir al hospital, y salíamos para ir a misa. Mi tía iba callada y cuando entrábamos a la parroquia nos sentábamos en la segunda fila. Yo la sentía llorar, pero no le decía nada.

Un sábado fuimos a buscar a mamá. Nos esperaba parada al borde de la cama y escuchaba a la enfermera que le decía

muchas cosas. Esta vez no tenía la tela blanca. Ella no se dio cuenta que yo estaba y giró la cabeza hacia la puerta de la habitación. Pensé que no sabía quién era porque cuando quiso llamarme “Jorgito” no le salió. Los labios se le pegaban cuando hablaba y no podía sonreír. Mi tía me empujó para que le diera un beso y la abrazara pero me dio miedo. Mi tía me dijo cobarde.

Ahora estamos en el patio de casa y mamá me acaricia la cabeza. Con el tiempo me animé a darle algunos besos a la parte lisa y suave de la cara de mamá. La otra mitad me asusta un poco pero cuando le paso mi mano pienso que es una montaña con muchos ríos que brillan con el sol.

Laura GIBILARO

Tú también puedes lograrlo

Continuando la serie de seminarios “Cómo mejorar tu vida” asistimos al de la Doctora Laf, quien promete “12 acciones simples que nos ponen en el camino a la felicidad”. La oferta, tentadora como es, logró congregar un centenar de participantes, todos los cuales parecían haber cumplido con la consigna previa (bañarse en agua de rosas, dormir 24 horas de corrido, comer sólo alimentos blancos durante una semana).

Laf comienza a interpelar al auditorio, “de ustedes depende su felicidad”.

“Primer problema -comentó la pareja sentada en la última fila que parecía no haber cumplido con lo de las rosas- vinimos hasta acá para que nos mande con las manos vacías, si fuera por mí, qué más quiero yo que ser feliz. Pero no, no nos sale”, murmuraron.

A continuación, y como prueba del éxito, al mejor estilo hollywoodense, comenzaron a proyectar una película en la que no menos de 30 personajes famosos de los espectáculos menos prestigiosos agradecían a Laf su ayuda para lograr el éxito y la plena felicidad de la que gozan. Una suerte de salvadora la experta, si nos llevamos por las palabras de los casos reales. El video tomó cerca de una hora, y el

seminario intensivo preveía cuatro en total. La pareja seguía disconforme y murmuraba. Ellos no se conmovieron con las lágrimas de falso celuloide.

Laf continuó explicando que debían llevarse adelante, de manera cuidadosa una serie de tareas, lo que garantiza que al llegar la felicidad uno está en condiciones de aceptarla. “Tal vez, muchos de los que están aquí tuvieron oportunidad de ser felices y la dejaron escapar”, sentenció.

Finalmente, reveló la receta que nos ubicará en la autopista del bienestar: “Lo primero y más importante que deben saber es que, de acuerdo con estudios empíricos realizados, la generosidad y los actos de servicio desinteresado disminuyen los síntomas de depresión, angustia y tristeza. Por lo que nos acercan al estado ideal”.

La pareja no pudo evitarlo, y como si estuviera ensayado, gritaron a la vez “¡Pero si realizo actos de servicio para ser más feliz, cómo pasan por desinteresados!”.

Con esta paradoja abandonamos el recinto antes de que Laf

Mónica KIRCHHEIMER

Enviada especial al seminario, buscando rosas con las que bañarse.

La hora del planeta

Le agradecí mientras me sentaba. No quería repetirle tanto gracias, gracias. Pero me salía casi sin intentarlo. Acomodé varias veces la silla, el cuaderno y el codo sobre la mesa como guiándome por un plano que supiera de memoria. Dejé a mano unas lapiceras que tal vez no funcionaban. Gracias, le repetía queriendo borrar esa palabra con cualquier otra y entonces me daba por sonreír, también sin querer, pero más que nada sin sentido.

Estábamos en el bar de la esquina de su casa. Había uno en cada esquina y elegí este porque sí, pero resultó ser el más apropiado, las pocas mesas daban todas a la calle así que la luz de afuera se sumaba a la de adentro y era mejor para escribir. Lo había hecho venir un sábado y llegué quince minutos tarde. Pero cuando le fui a decir disculpe, él hizo un gesto como que no importaba y que peor era lo que venía después. Yo pensaba lo mismo, pero él además agregó un aleteo de la mano sobre mis hojas en blanco.

No se preocupe, van a ser unos pocos minutos, se me ocurrió decirle, pero no dije nada que tuviera que ver con cantidades de tiempo porque podía interpretarse como una ironía dado que justamente yo había llegado tarde al encuentro. El motivo de mi demora, es decir, mi argumento absolutamente íntimo, era lo

inesperado de su conformidad. Volví sobre mi agenda con el pensamiento y vi su nombre tachado varias veces en negro y después en verde. Bastaba ver ese renglón para constatar la mezcla de pudor tardío que me había invadido ni bien le dejé un mensaje de corrido en el contestador: estamos haciendo una revista en el colegio queremos publicar una pequeña entrevista de cada profesor y corté. Creo que quedó bien claro que me faltaba confianza en el proyecto. Llamé de nuevo para darle mi nombre y teléfono, invitándolo a reunimos el sábado a las ocho en el bar tal y tal. Inmediatamente lo descarté como un hecho posible pero ahora lo tenía ahí enfrente, al profesor de Física.

Ocho y media en punto cortaron la luz. No sólo en el bar, todo alrededor quedó en medio de una oscuridad iluminada desde lejos. Vi su silueta levantarse, buscar en un bolsillo para pagar su consumición y murmurar la más bella teoría sobre la hora del planeta. Oí las bocinas apagarse y volver a resurgir como dardos interminables en la inmensidad de una nada fabricada, oí las voces reducirse a silbidos, el chirrido de los fuegos artificiales que van sobrando de fiesta en fiesta y se disparan cualquier noche después.

Nora MARTÍNEZ

- *Bueno, ¿cómo te llamas?*
- *Odradek- dice él.*
- *¿Y dónde vives?*
- *Domicilio desconocido - dice, y ríe; claro que es la risa de alguien que no tiene pulmones. Suena más o menos como el susurro de las hojas caídas.*

Franz Kafka

Miserere

Parece estar satisfecho, ha logrado saber que aun existe, que una mujer retira sus manos y le sonríe porque es un hombre. Es un amigo, quiere morir lo antes posible.

Ahora nada me costaría decir que lo que voy a contar también se esfumó en el tiempo, que hasta hace unos años mi vida fue intensa y variada, que por mucho que arregle mi historia con el pasado, siempre estuve disponible para lo que viniera. Tampoco le costaría nada al que fue un joven que atravesó los años de la ceguera y el vértigo. Para ese sólo había un presente. El pasado era énfasis, nostalgia de algo transitorio de la infancia, ese lugar inventado al que siempre se puede recurrir.

Muriel Spark, una escritora ya anciana, logró ver el lado cómico del mundo de los viejos y las intrigas de las mujeres que no olvidan sus amores, ni sus rencores de juventud. *Memento mori*. Averigüé, yo no educo a nadie.

Cada tanto visito a este viejo amigo que termina sus días en el geriátrico, donde recibe visitas de la época en que era parte de cierta vanguardia. Ahora los que fueron objeto de sus burlas mordaces parecen haberlo perdonado. Su agudeza, sus rasgos de genio, su cultura superior a la de sus compañeros, lo convirtió en un maestro para otros huérfanos -entre los que se encontraba- que por los bordes de la

literatura pasaban la noche de un bar en otro, entretenidos por discusiones interminables.

Algunos fueron reconocidos, otros desaparecieron en la ciudad; tampoco faltaron los asesinados y los que cambiaron de país para no cambiar de conversación. Una juventud intensa, dicen ahora. Idealista, dicen también.

Y así, entre elogios y rechazos, están presentes en poemas, novelas, estudios políticos, libros de historia. Entraron en la pesadilla, sin olvidar a los que siguen activos y en silencio o viven del rédito de aquello que continúa en el cielo, con las radiantes imágenes de los antiguos líderes. Eternos. Nos guían. Hablo como ciudadano, nada personal. Nos guían, no se sabe hacia dónde. Dormiré.

Germán GARCÍA